

# HERALDO DE ALCOY

NUM. 1.158

DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS E INTERESES GENERALES

ANO VI



**SORDOS**  
GRAN INVENTO  
D. Vicente Ruiz, director del gabinete acústico de Madrid, ha inventado el modo de dar oído a los sordos sin operar, por lo que S. M. la Reina le ha concedido Real privilegio. El Sr. Ruiz remite, prospectos gratis a quien los pida mandando sello.—Monte-ra, 12, 2.—MADRID.

**BAÑOS**  
Ha quedado abierto al público el Establecimiento de Baños instalado en los jardines de la FONDA RIGAL, en el cual se han introducido grandes reformas y aumentado en un doble el número de habitaciones, pilas en piedra y duchas.  
Precio por baño con ropa, UNA peseta.—Precio por abono de 9 baños, pagados adelantados, 7 pesetas.—Baños medicinales, precio convencional.

**CALLOS Y UÑEROS**  
El mejor Callicida conocido hasta hoy es la extirpación practicada por el distinguido callista  
**RAMÓN BROTONS**  
San Nicolás 9, Alcoy.  
Horas de consulta, de 2 a 4 de la tarde.

**Droguería de "El Soldado"**  
La tan anunciada pomada la Salud para las almorranas, Fórmula del Doctor Gallart y el Depilatorio Venus preparado por la casa J. Ll. Prunés, se venden en esta Droguería.  
Polavieja, 33

1901  
Viernes 5 de Julio

## LA SALSA DE LOS CARACOLES

CUENTO

El sol ya picaba, y el camino, hecho despaacio, no había sido breve: descubrí con ojos de placer los árboles de la Venta del Espíritu Santo; y al llegar al puente, bajé y busqué la frescura.

Yo tenía por únicos acompañantes en mi soledad, algunas lavanderas que golpeaban ropa en el arroyo cercano.

Me senté, y un polluelo audaz, vino a picarme el cuero de las botas; de hubiera dado su merecido, pero él huyó aleteando y tuve que dejar encomendada mi venganza a las cocineras de los merenderos.

Peró la vista del pollo produjo, por una serie de reflexiones filosóficas, graves desórdenes en mi estómago.

Recordé que aquella era la hora de mi almuerzo y recordé también que uno de los episodios gastronómicos que hacen época en mi vida, es el de ciertos caracoles comidos en uno de aquellos fonduchos, bajo los sarmientos cubiertos de hoja de un emparrado, muchos años hace, cuando yo tenía veinte, y estudiaba el latín y el griego, en los lindos ojos de una mu. hacha que se llamaba Rosa.

Rosa era la aprendiz de florista más linda que había entonces en Madrid, y la había tan bellas como las flores que hacían sus manos.

Fresca y sonrosada, como una cereza; pelo negro de magníficos reflejos, azules ojos alborotadores, dientes blancos y pequeños como granos de arroz: mucha intención en aquel hablar que alegraba el alma; mucha gracia en aquellas maneras, con que se llevaba la vista al cruzar por la calle; un corazón de oro y

un pensamiento de gasa, tan fáciles uno y otro á moverse con distintos afectos, que á veces ponía una lágrima por remate de una sonrisa, y otras iluminaba, sonriéndose, su llanto; esta era Rosa. Y añadan ustedes, si quieren concluir el boceto con los toques más interesantes, el encanto de sus quince años y dos cuernecitos de pelo, anzuelos de amor que le caían á igual distancia de la raya sobre la frente, atusados con tal arte y tan maliciosos y picarescos, que no había corazón que no quedase prendido y retorciéndose con ansias mortales en aquellos lindos garabatos.

Al mirarme hoy en el alma á través del excepcionalismo de mis años, me pregunto si la quería y me atrevo á contestar únicamente: ¡Creo que sí!

Pues Dios había dispuesto que la madre de Rosa tuviese una hermana, y ésta hermana que se llamaba doña Justa—era por lo tanto tía de mi bella. Y dispuso á más que una tarde, doña Justa—la cual me tutaba en la previsión de que llegaríamos á emparentar—me dijese:

Mañana, yo, Rosa y tú iremos á comer caracoles á la Venta del Espíritu Santo. Doña Justa era de una humanidad respetable; era, como si dijésemos, el globo terráqueo puesto sobre unos zapatos rusos. Si yo hubiera podido dar más longitud á mis brazos, la hubiera abrazado cuando me dijo aquellas palabras.

Al día siguiente, en aquel fonducho y bajo aquel emparrado á que antes me refería, nos encontrábamos Rosa, doña Justa y yo, en torno de una fuente de caracoles. Rosa y yo nos mirábamos y nos reíamos; doña Justa se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo, sentada sobre un banco por no haber habido medio de colocarla en equilibrio sobre el estrecho asiento de una silla. La fuente de caracoles exhalaba un vapor de aromas en extremo humanitario.

Yo puse la mitad á D. Justa y el resto lo dividí con Rosa.

—Voy á ver si me quieres—me dijo.—Y nueva Margarita, en vez de deshojar flores; se puso á contar los caracoles diciendo: *¡uno, dos, tres, cuatro, cinco!*

—Uno, ¡me quiere!—dos, ¡no me quiere!—tres, ¡no; sí, no;—y cogió con sus finos dedos el último caracol y le arrojó indignada contra el suelo.

—¡Cuenta los tuyos!—me dijo malhumorada.

Yo conté, siguiendo el mismo procedimiento y al llegar al postrero grité:—¡Sí!—y me lo comí con aire de triunfo.

—Lo mejor de los caracoles es la salsa!—exclamaba D. Justa sorbiendo el líquido y acercando á sus labios la concha de uno de aquellos animalitos, como quien va á tocar la trompa.—Y cómo pica, maldita!

—Tiene mucha pimienta!—dijo Rosa.

—No tanta como tú—la contesté.

Rosa entornó sus ojillos y puso en los míos una mirada como un sinapismo.

—Y vaya, vaya, si se yo guisar bien los caracoles—prosiguió doña Justa. Cualquiera día he de hacer un plato de ellos que os relameréis de gusto.

—Es verdad que los caracoles yen con los cuernos? me preguntó Rosa.

—¡Los caracoles, no ven—le contesté yo—además, que se ven!

—No has reparado que andan tentándole todo con ellos? Pues es que se sirven de los cuernos como los ciegos del spalo.

—¡Qué maravilla ha hecho Dios!—exclamó Rosa.

—Más linda era su madre—dijo doña Justa.—y yo también, aunque me esté mal el decirlo.

—No puede ser!—exclamé yo riendo.

—¡Vai degenerando mucho la familia!—murmuró doña Justa.

Y luego reposó, chupando y rechupando las conchas.

—La mejor salsa es el hambre!

—El amor es la mejor—repliqué yo.

—Pues, entonces, con amor están guisados estos caracoles—añadió Rosa, tirándome una miga de pan á la cara.

—¡Orden, señoritos, orden!—gritó doña Justa alarmada por el sesgo que tomaban las cosas.—Estos caracoles están guisados sin amor y con muchísima pimienta. No están malejos, á decir verdad; pero en mi tiempo los hacía mejor y, sobre todo, las raciones eran más grandes.

—¿Bueno es que sepas—añadió la tia dirigiéndose á Rosa,—por si alguna vez tienes que guisarlos, qué debe mudarse el agua á los caracoles tantas veces como fuere preciso hasta que pierdan la malicia.

—El agua todo la purifica!—exclamé yo.

—Todo, si, todo. ¡Hasta los pecados!—añadió Rosa.

—¿Qué habrá sido de Rosa?—me decía yo ayer sentado en aquel mismo fonducho, bajo el mismo emparrado que ha producido desde entonces catorce cosachas de tísicos racimos, y ante un plato de caracoles en salsa.

No lo sé. Poco después desapareció de Madrid. Tengo no obstante vaga idea de haberla visto una tarde, hará dos años, junto á la Cibeles, á la hora en que las gentes engalanadas van á paseo y los trenes magníficos arrastrados por brisas yeguas y encajados de hermosura, pasan como una corriente deslumbradora de vida, despertando en los curiosos el afán de las riquezas.

Pasó en una soberbia victoria tirada por dos caballos, negros como las trenzas de su pelo. Iba recostada indolentemente y sola. Pero no debía ser ella, porque nuestros ojos se encontraron y los suyos nada me dijeron. ¡Aquella mujer no era la fresca y linda Rosa; era una flor marchita recogida del fango y arrojada en un carruaje!

## AYER Y HOY

El tiempo pasa... De emociones ávida lanzóse el alma en pos de un ideal, fugitiva deidad que vuela rápida al quererla tocar.  
Lumbre buscaron mis pupilas ávidas goce supremo ansió mi corazón, pero solo aspiró las brisas cálidas de mentiroso amor...  
Triste, sin fé, cual moribunda lámpara el alma en sus recuerdos se fué á hundir y entre gasas de luz tu imagen cándida alzarse ví, gentil.  
Te ví en mis sueños, si, cual lumbre diáfana que viene el corazón á iluminar, y de mi pecho desatóse en lágrimas la inmensa tempestad...  
JUAN A. PÉREZ BONALDE.

## CUENTO VIEJO

Encontrábase tan harto de vivir el pobre Juan, que desesperado un día se echó de cabeza al mar.  
Un campesino que estaba trabajando en su heredad lo vió y dijo, santiguándose, poco menos poco más:  
«Todos al fin moriremos, y como reza el cantar:  
Al que se muere, lo entierran...  
¡Mira que pago le dan!»  
«Con que, chico, feliz muerte, buen viaje y descansa en paz. Yo envidio tu suerte: al menos á tí no le enterrarán.»  
«Adios, y si llegas pronto al valle de Josafat.»





